

Parte II

MONGOLIA

ULAN BATOR

Casi diez días después arrancar el viaje en Moscú me apeé definitivamente del Transiberiano en la gélida Irkutsk, la París de Siberia. Había recorrido sobre las vías más de 5.000 kilómetros. Dejaba atrás muchas historias personales, paisajes y zonas horarias. Casi todos los días tenía que adelantar el reloj una hora.

Era julio en esta bella y decadente ciudad, cercana al inmenso lago Baikal. Sin razón aparente, sentí que me recibía con los brazos abiertos. Luminosa, tranquila, abierta. En Irkutsk se encuentra el último consulado de Mongolia, antes de cruzar la frontera rusa. Tras algunas gestiones fáciles obtuve un visado turístico, que tenía validez durante solo un mes. Fue una mezcla de improvisación y escasa planificación acompañada de mucha buena suerte, ya que me beneficié por pocos días del lento proceso de apertura que viven los países ex-comunistas: sólo 48 horas antes habían abierto por primera vez en décadas las puertas de Mongolia a viajeros independientes. Me la había jugado, una semana antes hubiera tenido que acceder al país bajo el paraguas de un caro tour organizado, o a través de la invitación de un residente en Mongolia.

Los magníficos edificios de la ciudad me recordaron cajas de zapatos vacías. Por fuera, lujo y ostentación. Por dentro, ruina y suciedad. Parecían viejos decorados abandonados de la película Doctor Zhivago. Sirva de ejemplo de la decadencia y el pesimismo que azota al país y a esta maravillosa ciudad lo que me ocurrió al finalizar un bellissimo concierto de música clásica (con una orquesta de 80 músicos) en el semivacío salón de actos de paredes desconchadas de un colegio público, ante una audiencia de niños callados y disciplinados y profesores hastiados. Yo era el único extranjero sentado en una de las sillitas de madera y hierro que desordenadas formaban la platea. Al terminar el concierto de esta especie de orquesta sinfónica de la ciudad (tocaron obras de conocidos compositores rusos) un bedel con bata blanca me rogó en rústico inglés que le acompañase. Le seguí por sórdidos pasillos hasta lo que parecía un aula habilitada como básico camerino. En ella me esperaba el barbudo y voluminoso director de orquesta. Mientras se desabrochaba la pajarita y se quitaba el chaqué sudado con ayuda de algún subalterno, me hablaba con parsimonia y voz ronca en ruso. El bedel de la bata hacía las veces de traductor.

En resumen, lo que el director de orquesta me pidió a modo de elegante y digna súplica es que le organizase una gira por mi país (no importaba cual fuera, era Europa), con toda su orquesta. Necesitaban salir de Irkutsk. Debían salir de la pobreza y escapar de la falta de reconocimiento. En Europa se apreciaría el virtuosismo de la orquesta, y sus *chicos* podrían ver mundo. Que situación tan triste. Le expliqué a este señor que desconocía el mundo de la farándula. Le hice vagas promesas de que intentaría contactar a algún español que pudiera ayudarle. Esperanzado me dio su tarjeta. Nunca cumplí y me aún me avergüenzo.

En la estación *Sortirovochny* me subí al *Transmongoliano*, que baja hasta la frontera, atraviesa Mongolia de Norte a Sur, entra en China por el Norte y llega a Beijing (Pekín) tras recorrer 3.000 kilómetros de desierto, estepas y montañas.

En la mitad mongola de la frontera nuestro tren se detuvo sin aparente razón durante ocho largas horas. Más de cien soldados armados hasta los dientes se apostaron de espalda a ambos lados de cada vagón, mirando hacia los lados, mientras algunos oficiales registraban el interior de cada compartimento y hurgaban en nuestro equipaje. Cuando intenté tomar fotos que documentaran esta extraña situación, un soldado iracundo me empujó y por poco me confisca la cámara.

Una vez terminado el metódico registro, nuestro nuevo tren arrancó ruidosamente bajo un sol radiante y comenzó el periplo a lo largo de interminables y solitarias llanuras. Cuanta paz. El verano también arrancaba y el intenso frío, habitual en esta parte del mundo, había dejado de calar los huesos. Durante ocho meses al año, dos tercios de Mongolia están cubiertos por un blanco y esponjoso manto de nieve.

Al bajarme del tren tuve que patear durante varias horas las calles de la capital Ulan Bator en busca de un hospedaje barato y aceptable. La mitad de la primera noche en mi habitación de 4.500 tugriks (seis euros) la pasé aplastando docenas de pequeñas cucarachas que trepaban por las ajadas y húmedas paredes, y amenazaban con subir a la cama rascándola con sus patitas y palpando con sus antenas.

Me levanté temprano al día siguiente y lo dediqué a preparar el futuro itinerario por el país. Incordié en las pocas agencias de viaje que hay en

Ulan Bator. Al contrario que en Rusia, en Mongolia me podía mover libremente, improvisando, sin reservas previas, cambiando sobre la marcha y adaptándome a las informaciones. Es así como me gusta viajar. Las dos recomendaciones más recurrentes fueron, subir hacia el norte hasta el Lago Hovsgol, cerca de la frontera con Rusia, y bajar hacia el sur hasta adentrarme en el Desierto del Gobi, visitando el *Flaming Valley*. Tampoco debía perderme la colorida celebración de la independencia nacional, el *Festival de Nadaam* que, casual y afortunadamente, se celebraría en todo el país solo unos días después.

LAGO HÖVSGÖL

Tras trastear un par de días por una capital que poco se asemeja al resto del país, me puse en camino hacia el Lago Hövsgöl. Me subí a una avioneta de hélice de MIAT (líneas aéreas mongolas) para evitar los 700 kilómetros de terrible carretera hasta la pequeña ciudad de Moron. Allí se trataba de subirse a algún vehículo para llegar a Hatgal, a la orilla del lago y a unos 100 kilómetros por un carril tortuoso y embarrado. Tuve suerte y en el aeródromo de Mörön conocí a John, un científico regordete y jovial de la Academia Nacional de Ciencias de EEUU que tenía reservado un jeep con chófer que lo llevaría a Hatgal. Naturalista y entomólogo, tenía la misión de recolectar durante dos meses todas las especies de insectos que pudiese. 100 kilómetros y doce agónicas horas de viaje por senderos intransitables, rodando las huellas de otros vehículos y botando como pulgas en el interior de un vetusto jeep ruso con más años que el seiscientos de mi cuñado. Por si fuera poco, el viaje estuvo aderezado con varios pinchazos, acompañados por largos descansos para dejar enfriar el motor. Muy entrada la noche llegamos a la pequeña y ansiada aldea de Hatgal, a orillas del lago Hövsgöl.

En Hatgal John se reuniría con un equipo de National Geographic que llevaba allí varias semanas estudiando la fauna acuífera del lago. Hövsgöl es el segundo lago de agua dulce más grande del mundo (el primero es el Baikal). Mide 138 km de largo y unos 14 km de ancho. 414 km de contorno sin apenas asentamientos humanos. El lago es de agua dulce muy fría y su superficie permanece congelada seis meses al año. El agua es tan pura y cristalina que el brillo de una moneda que se hunde zigzagueante solo se pierde de vista a treinta y tres metros de profundidad. Una densa vegetación abraza su orilla. Hövsgöl está flanqueado al Oeste por una amenazadora

cordillera de picos nevados. Detrás de las montañas viven los escurridizos y exóticos Tsaatan, pastores de renos. Pocos occidentales han llegado a verlos. Es necesario cabalgar una semana para acceder a su entorno, y no hay garantía de verlos porque se mueven constante y aleatoriamente acompañados por sus enormes rebaños de renos.

Las olitas del extremo sur del lago acarician Hatgal, una fantasmagórica y remota aldea con un glorioso pasado derivado de la exportación de crudo arrancado del lecho del lago. La extracción de crudo se prohibió hace varias décadas al transformarse la zona en parque nacional, y la economía de Hatgal se hundió. Hoy es un asentamiento moribundo con poca actividad comercial. Lo habitan personillas silenciosas vestidas con harapos, de caras redondas, facciones orientales y piel tostada, manos callosas y ruda complexión. La mayoría de los aldeanos viven de sus animales y son orgullosos y autosuficientes. Un par de cutres y ruinosos almacenes les venden las especias y artículos básicos que no pueden obtener de sus cabras, ovejas, yaks o yeguas. No pescan a pesar de que el lago esconde una fauna piscícola envidiable. Nunca me explicaron por qué. Las calles de Hatgal son pistas de tierra, anchas y embarradas. Pocas almas se mueven por ellas, excepto algunos perros raquíticos y enfermos, que vagan sin rumbo esperando a que otros perros defequen para alimentarse. También pasean cabras sueltas y algún niño sucio y semidesnudo, con la cara cubierta de churretes y pelo negro alborotado. Un día, a la luz de una luna llena que parecía un brillante plato blanco en una habitación oscura, rodeado de piedrecitas luminosas y parpadeantes, con un grupo de mongoles y con los dos americanos voluntarios en el *Peace Corps*, jugamos un partido de béisbol, usando un tronco burdamente pulido como bate y calcetines enrollados como pelota. El partido duró hasta que los calcetines se deshilaron. También recuerdo, no se cuando ni por qué, que en un trayecto a dedo en el cajón trasero de un camión local pasé toda una noche desprotegido bajo una intensa lluvia, acompañado por estoicos pobladores de Hatgal. Increíblemente no atrapé una pulmonía.

Hatgal es uno de las escasas localidades sedentarias de Mongolia, un país de nómadas. El remanente del enorme imperio mongol tiene un tamaño tres veces mayor que España, y sin embargo, sobre sus 1.600 metros de elevación media sin salida al mar se desparraman sólo tres millones de personas, la misma población que en la época de Gengis Khan. Mongolia es el país con menor densidad poblacional del mundo, se podría decir que cada

mongol tiene derecho a más de medio kilómetro cuadrado. Debido a las durísimas condiciones de vida, tres millones y medio de mongoles han emigrado a Rusia y China.

En las comunidades mongolas prevalece el clan familiar, y como en otras culturas orientales o africanas, se respeta mucho a los ancianos y antepasados. Poco les importa lo que ocurre fuera de su microcosmos. Es verdad que no necesitan asomarse al exterior, ya que sus animales domésticos les surten de todo lo que necesitan para vivir. Tienen una dieta altísima en proteínas y grasa, viven principalmente de la carne de sus animales, de la leche de cabra y sus derivados, como el queso fresco, el queso agrio secado al sol y el yogur. Para alegrarse los mayores beben *Airag* una leche de yegua fermentada que sabe a rayos. Las mujeres también se emborrachan, aunque beben a escondidas. Esta nueva dieta me produjo dos días de dolorosos retortijones estomacales.

Los mongoles están muy atados a la naturaleza y a sus animales. Los clanes familiares se trasladan de un lado a otro del país con sus hogares a cuestas, buscando los mejores pastos para sus (aproximadamente) seis ovejas, cuatro cabras, una vaca, un yak y un caballo o yegua. La riqueza del clan se mide por la cantidad de animales que arrastra por el país. Remolcando sus *gers* o tiendas de fieltro redondas, el clan puede recorrer más de mil kilómetros al año, y es capaz de montar su hogar en menos de cuatro horas. Cuando el pasto empieza a escasear, es hora de recoger los bártulos y reemprender el camino. A pesar de esta inestabilidad, nunca he conocido un pueblo tan libre. Ellos lo saben y no quieren perder esta libertad. El clan solo posee lo que necesita para vivir, porque hay que viajar ligero de equipaje. No crea excedentes y comercia poco. Cumplen el dicho de Sartre “*el hombre está condenado al ser libre*”. Los nómadas son la antítesis de nuestra sociedad occidental. Cuanto hay que aprender de ellos.

Los mongoles se comunican en un idioma que me resulta absolutamente ininteligible. Raramente hablan una segunda lengua, y si la conocen, es el inglés entre los jóvenes o el ruso entre los viejos. Muchos de los que hablan buen inglés, francés o japonés se convierten en guías turísticos. A pesar del rápido ascenso, el turismo en Mongolia sigue siendo escaso: en 1995 visitaron el país 17.000 personas, 386.000 en 2007. Hay que darse prisa antes de que ver un McDonalds en cada esquina de Ulan Bator. La escasa influencia de las culturas foráneas (excepto la rusa) hace que las

tradiciones, costumbres, música y forma de vestir no hayan cambiado en muchos años. Las pocas divisas que entran lo hacen por la exportación de minerales, pieles de oveja, carbón, cobre y lana tipo cachemira. El resto proviene de donaciones. Entre 1990 y 1994 Mongolia sobrevivió gracias a la ayuda internacional. Es todavía una economía excesivamente dependiente de Rusia: los vehículos, maquinaria pesada, armamento y tecnología vienen del vecino del norte. Tras el colapso económico soviético, las fábricas dejaron de producir por falta de piezas de recambio, el armamento quedó obsoleto, los vehículos y maquinaria para infraestructura básica se pudrieron y dejaron de acudir los técnicos moscovitas. Décadas después del colapso de la antigua URSS, Mongolia sigue enfrentándose a una situación muy delicada. Sin embargo hay esperanza porque tras casi un siglo de opresión, la democracia ha entrado con fuerza. Pero la población rural y nómada, casi la mitad de los mongoles, vive desparramada por las interminables estepas. Muchos desconocen los cambios, y si lo conocen, no les importan. Lo esencial es el día a día, y sobrevivir con sus animales los largos y duros inviernos, con temperaturas que superan los 50 grados bajo cero.

NADAAM

El verano es tiempo de fiesta, especialmente durante el festival de *Nadaam*, en Julio. Se conmemora la independencia sobre China en 1911. Durante tres días los mejores hombres y mujeres, niños y niñas compiten en varias disciplinas ligadas a ancestrales tradiciones ligadas a la supervivencia y a la naturaleza.

Durante estos tres días llenos de vida Hatgal, desértica y triste, se transforma en un hervidero de gente ataviada con vestimentas elaboradas y coloristas: ellos con botas de cuero terminadas en pico hacia arriba, elegantes abrigos de fieltro de colores oscuros, pañuelos atados a la cintura y exóticos sombreros cónicos con solapas, terminados en punta. Ellas visten más modestamente, con telas y sedas de colores y pañuelos anudados en la cabeza.

Mi salud no era la mejor, y me pasaba casi todo el día con dolorosos retortijones gástricos, consecuencia del radical cambio de dieta y de beber más *airag* de la cuenta.

En la explanada principal de Hatgal docenas de hombres jóvenes y no tan jóvenes luchan cuerpo a cuerpo, en pareja y agarrados por la cintura, jadeantes y vigilados de cerca por atentos árbitros que se agachan apoyándose sobre las rodillas. Tras varias rondas, los invictos acceden a la gran final, que se convocará con gran ceremonia. Las victorias parciales son celebradas por el *victor* con un *vuelo de águila* de brazos extendidos rodeando varias veces un estandarte clavado en el suelo, copia del que utilizaba Genghis Khan en sus batallas. Nunca olvidan al primer gran Khan y sus descendientes, que crearon en los siglos XII y XIII el imperio más extenso jamás conocido.

Una espectacular disciplina de *Nadaam* es la de carreras de caballos. Agrupados en categorías, los niños y niñas de Hatgal participan en varias carreras. La más larga y popular son los 50 kms campo a través. Los descendientes de los que hace siglos fueron los mejores jinetes del mundo galopan sin montura durante más de dos horas a lomos de sus pequeños pero robustos y resistentes corceles. Antes de la salida, cientos de personas se agolpan ordenadamente en cada extremo de una larga línea de caballos nerviosos. Los padres apuran los últimos minutos cerca de los minúsculos jinetes, que no suelen sobrepasar los cinco años de edad. Algunas madres esperan en la multitud, temerosas u orgullosas. A la hora indicada y con ceremonia aparece un hombre extrañamente ataviado, y alzando el brazo al cielo dispara desde un pequeño podio. Una caótica salida y docenas de jinetes se pierden en el horizonte dejando atrás una nube de polvo. Tras muchos minutos de angustiada espera aparecen en el horizonte, espoleando con rabia sus caballos extenuados, como si fueran los primeros metros. Un equino de ojos desorbitados se desplomó y murió a escasos metros de la línea de llegada. Se dice que los mongoles aprenden a cabalgar antes que a caminar.

La tercera y no menos popular competición es la de tiro con arco. Para llegar al campo de tiro me subí en un *jeep* de 5 plazas. Aunque parezca mentira, con una pierna aquí, una mano allá, un codo en la cara, una oreja estrujada, conseguimos acomodarnos 17 personas (ni una menos) dentro del vehículo. Diez tiros, y quien consiga la mejor puntuación es merecedor de

uno de estos pequeños y valorados caballos. Además obtiene la bendición del delegado político de turno, el respeto de todos los congregados y prestigio ante sus futuros nietos. Los ganadores en lucha libre y carreras a caballo reciben premios similares.

Como apoteosis final, en el establo más grande de la aldea se improvisó para la noche del tercer y último día de *Nadaam* una sala de fiestas. Multitud de jóvenes se congregaron para beber y bailar la Macarena de Los del Río, vomitada a todo volumen por un pequeño, polvoriento y destartalado reproductor. Cuanta alegría. Casi todos bebían vodka o airag y a medianoche muchos yacían en el suelo, borrachos como cubas. Yo no podía ser menos, y la exhibición de tambaleante baile que dimos el campeón de lucha y yo no tuvo ningún desperdicio, según me enteré la mañana siguiente.

BAJTOIR

Al cuarto día, finalizados los tres días de competición, celebraciones y descontrol, la masa humana desapareció en pocas horas como una marea que se retira, regresando a algún lugar de las estepas. Resacosos y cansados, cargaban sus bártulos en los animales y carros. Hatgal volvió a su fantasmagórica rutina. Por la noche quedaron sus escasos pobladores, *cuatro gatos locos* de *National Geographic*, Jaime, Jeff y un servidor. J & J son dos jóvenes entusiastas americanos del que colaboran con *Peace Corps*, una ONG norteamericana y están siempre dispuestos a ayudar y contribuir -supongo que desinteresadamente- al desarrollo de la aldea y sus habitantes. Una de sus funciones es impartir clases de inglés. Gracias a ellos, algunos alumnos llegarán a ser guías, como el joven de 19 años Bajtoir.

Era una de las escasas ocasiones en la que podía comunicarme en inglés con un mongol. Le pregunté a Bajtoir donde vivía su familia y me contestó que durante unas semanas estarían acampados en varios gers (o yurts o tipis) en la orilla noroeste del lago, a un día a caballo de Hatgal. A pesar de su sorpresa ante mi petición, consintió en guiarme hasta su familia. Alquilé dos caballos por 7.000 tugriks diarios (menos de cuatro euros), uno para Bajtoir y otro para mí. Nos acompañaría su tío Batilgir, el potentado de la familia y propietario de cuarenta caballos. La perspectiva de adentrarme en la Mongolia más auténtica me puso nervioso y la noche antes de la partida no concilié el sueño. Partimos al amanecer sobre las pequeñas y poderosas

cabalgaduras, instrumento esencial para movilizar las hordas que arrasaron medio mundo. Poco a poco, con ilusión y algo de miedo, fui dejando atrás la *civilización sedentaria*. Éramos tres jinetes que bordeaban el lago, bajo un luminoso cielo sin nubes y un sol delicioso. No recordaba haber visto una naturaleza tan sensual y pura. El aire que respiraba era tan limpio que sentía como si mi cavidad torácica estuviera abierta de par en par hacia el exterior. Me recorrían de vez en cuando unas extrañas oleadas de cálidos temblores, repletos de euforia y agradecimiento. Era uno de los pocos momentos en la vida en los que uno quiere gritar para dar las gracias por existir. Un *flash* que vuelve de vez en cuando y nunca olvidaré...

El sol se acostaba a cámara lenta escondiéndose detrás de la majestuosa muralla de cumbres nevadas, y la temperatura bajó bruscamente. Me di cuenta de que llegaba a nuestro destino con el trasero bastante dolorido, y la piel me ardía por las quemaduras del sol. Estábamos en una amplia y verde explanada que se volcaba sobre la tranquila y cristalina orilla del lago. A pocos metros de la orilla se levantaban cuatro gers de tela blanca oscurecida por la suciedad, el moho y los viajes. Entre excrementos de yak jugaban niños desnudos de inflados y encarnados mofletes, piel muy pálida y pelo liso negro azabache. Dos ancianas, sentadas en banquetas de madera, ordeñaban cabras en un corralito improvisado y frágil. Dos jóvenes practicaban concentrados la lucha libre, mientras una niña pequeña vestida con harapos jugaba con una muñeca desnuda, tuerta y desmembrada. Bajtoir me pidió que esperase fuera del ger mientras gestionaba mi presentación ante el cabecilla del clan familiar. Los más pequeños se acercaban para observarme, con una expresión mitad sorpresa y mitad espanto. Me pellizcaban la piel y se interesaban por el vello de mis brazos y piernas. Unos instantes más tarde, salió cruzando el bajo y estrecho marco de madera que da acceso al ger (siempre orientado al Sur) un hombre delgado de mediana edad, encorvado y envejecido con una piel surcada por profundas arrugas provocadas por el viento, el frío y el sol de toda una vida a la intemperie. Vestía un jersey azul y raído, un viejo pantalón gris sucio y botas de cuero desgastadas. Fumaba en una extraña pipa.

Se acercó con parsimonia, me reventó los huesos de la mano con su extremidad grande y callosa, esbozando una sonrisa desdentada, y me dio la bienvenida en algún dialecto mongol. Barruntó con autoridad y sin esfuerzo órdenes a algunos de los niños que se arremolinaban divertidos a mi alrededor, y todos se introdujeron en fila en el *ger* central, algo más grande.

Mientras, intentaba mantener una conversación por señas, ya que el inglés de mi guía Bajtoir era muy precario. Minutos después fui invitado a entrar en el ger principal.

Tras pasé el marco del que colgaba una enana portezuela de madera (pisar el marco o mantenerla abierta trae mala suerte) y tardé en acostumbrarme a la penumbra de un espacio redondo de tres metros y medio de diámetro y dos y medio de alto en su parte central. El suelo del ger estaba desnudo, sin alfombras, y las paredes eran una estructura circular de metro y medio de altura hecha con listones de madera, sobre la que se apoyaba un grueso paño de piel de oveja, cabra y vaca. De la rejilla hacia arriba se levantaba un techo cónico de la misma piel, con una apertura en el vértice superior para permitir la entrada de luz y ventilación y comunicar con el exterior la estrafalaria estufa que reinaba en el epicentro. Las estufas usan boñigas secas de yak como combustible y sirven como cocina y calefactor. El mobiliario era muy modesto: un par de banquetas y una mesita de madera, una pequeña cama metálica desvencijada, algunos cacharros de cocina, un baúl, varias estanterías de madera y al fondo, un *mueble-altar* con una imagen de Buda, varias fotos arrugadas y descoloridas de la familia y un espejo rayado. La mitad izquierda del ger se reserva para el cabeza de familia y los visitantes ilustres. En la mitad derecha se desarrollan las actividades rutinarias. Como ocurre en algunos países asiáticos y africanos, el hombre (padre o abuelo) es la cabeza, autoridad y voz del clan familiar y las mujeres y niñas cargan el trabajo doméstico, cuidan de los animales y educan a los hijos más pequeños. Los hombres, sean o no cabeza del clan, pasan la mayor parte de la jornada discutiendo, fumando o durmiendo.

Pasé lo poco que quedaba de tarde sentado en una banqueta en el interior del ger, comunicándome por gestos con los demás miembros del clan que entraban para saludarme y de camino, satisfacer su curiosidad. Esta noche Bachlon, madre de Bajtoir, preparó una frugal cena a base de sabrosos panecillos fritos en grasa animal, y algo de queso y yogur. En esta noche cerrada, llena de estrellas y sin luna, la temperatura dentro del ger había descendido más de quince grados. Cuando desaparece la luz del sol todo está muy oscuro, dentro y fuera de mi nuevo hogar. No era tarde, pero llegó la hora de acostarse, que aquí no significa ir a la cama. Todos los miembros de la familia habían entrado en el ger y me preparé para tumbarme en el suelo. Pero Bachlon me agarró del brazo y me señaló la única cama con un gesto que parecía decir *este es tu sitio*. Tras una débil resistencia, abrumado por

tanta hospitalidad, me acosté en el decrepito catre de hierro oxidado de metro y medio de largo con muelles vencidos y chirriantes. Con gesto maternal me tapó con varias pieles asilvestradas. El resto de la familia yacía tumbada y acurrucada sobre el frío y desnudo suelo. Pensaba *¿por qué los que menos tienen son los que más dan?* Pasé el resto de la noche en vela, tiritando de frío.

Al amanecer, nada más escurrirse los primeros rayos de sol por las rendijas de la gruesa lona de piel, toda la familia se puso en pie como por un resorte. Estaba algo aturdido y solo conseguí espabilarme me metí en calzoncillos en el lago Hövsgöl, cuya superficie se había descongelado hace solo un mes. Durante los pocos segundos que estuve dentro del agua casi congelada me dolió hasta el alma. Comprendí en ese momento el porqué de los relajados hábitos de higiene de los nómadas mongoles.

Era un día espléndido. Después de un desayuno a base de yogur de leche de cabra, *Tsa* (té) y *Shult* (fideos con carne), Bajtoir y su tío Batilgir prepararon los caballos. Salimos a galopar. Es difícil expresar con palabras lo que se siente cabalgando en los bosques y estepas de Mongolia, jugando con una naturaleza indómita, con el *subidón* de saber que no hay humanos en muchos kilómetros a la redonda, acompañado por dos excelentes guías, y a años luz de cualquier rutina occidental. Recordaba aquella cita de Carlos Castaneda, en viaje a Ixtlán, que decía: *“Difícilmente nos damos cuenta de que podemos cortar cualquier cosa de nuestras vidas, en cualquier momento, en un abrir y cerrar de ojos”*.

Sin embargo, la fiesta se estropeó cuando mi pony-caballo tropezó mientras yo hacía el imbécil imitando las habilidades de los jinetes mongoles. Salí disparado hacia delante, y mi cabalgadura pasó a escasos centímetros, rodando como un obús. Bajtoir y Batilgir se doblaban de risa. Yo no.

Tras el susto volvimos a casa para almorzar. Sería un almuerzo muy especial. Después de la bienvenida y el obligado jolgorio a costa de mi caída, me hallaba acomodado en el suelo desnudo dentro del ger, rodeado por la familia cuando apareció Mendoir -hermano de Bajtoir- con una cabra viva pateando entre sus brazos. Ante mis estupefactos ojos, Mendoir puso la cabra patas arriba mostrando la panza, y con la ayuda de su hermano y un afilado cuchillo, le hizo un largo tajo desde la ingle hasta el pecho. Pero la cosa no quedó ahí. Mendoir se remangó e introdujo el brazo hasta el codo

dentro de las calientes entrañas del animal. Hurgaba buscando algo. Se escuchaba un desagradable ruido entre chapoteo y chupón desatascador de duchas. El pobre bicho gemía y se convulsionaba. Entonces, Mendoir exclamó ¡ja! y, con la mano y el antebrazo chorreando sangre, arrancó entre las vísceras un resbaloso y palpitante trozo de carne de color rojo-tinto. Con espanto adiviné que debía ser el corazón. La cabra dejó de moverse y descolgó su cabeza hacia un lado, mirándome con ojos muy abiertos. No sin alguna arcada por mi parte, nos zampamos la carne del animal después de asarla. Me ofrecieron el manjar más exquisito del animal: el globo ocular, una chorreante esfera, del tamaño de una bola de ping-pong, que explota dentro de la boca, como una pastosa uva gigante. Desde entonces como menos carne. Tras el almuerzo y algunas partidas de póquer (les enseñe a jugar y nunca me devolvieron la baraja) fuimos otra vez a pasear a caballo. Esta vez tuve más precaución.

Permanecí varios días más en este remoto edén, acogido por el clan de Bajtoir. No pude recuperar la baraja de póquer. Acostumbrados a vivir a la intemperie, un día se les ocurrió organizar un *pic-nic* en una bonita pradera cerca de los gers. A mitad de fiesta comenzó a llover torrencialmente. Esta gente ni se inmutó. Mis sugerencias para continuar comiendo a cubierto fueron ignoradas, y me sentí como un caballo o una vaca en el campo que tranquilamente sigue comiendo mientras espera, impasible y chorreando, que termine el aguacero. En otra ocasión galopamos por un paraje indómito para alcanzar a un grupo de buceadores coreanos que, vestidos de neopreno, subían apresuradamente por la compuerta trasera de su helicóptero alquilado y huían. Pensarían que éramos un trío de asaltadores de caminos.

El último día entregué algunos regalos y chucherías a los niños de la familia, y tras una triste despedida, cabalgué de vuelta a Hatgal con mi guía y su tío. Dejaba atrás una vivencia intensa y un grupo de nómadas aficionados al póquer...

Por unos pocos euros regresé a Mörön desde Hatgal en un Jeep-chatarra de la segunda guerra mundial. El trayecto de poco más de cien kms fue otra vez una odisea, ya que además de los pinchazos y las averías de rigor, los carriles estaban enfangados por las recientes lluvias. Bajtoir me acompañó hasta el momento de la despedida. Esa noche nos quedamos en el *lujoso* apartamento de sus amigos, sin luz ni agua. Al día siguiente, tras muchas negociaciones y súplicas a los empleados del aeródromo (no tenía reserva ni

billete de avión) conseguí embarcar en un pequeño bimotor de la MIAT, cuyo rumbo era desconocido hasta para la torre de control. Era la única aeronave que despegaría del aeródromo ese día, y tal vez el siguiente. El piloto me aseguró que eventualmente aterrizaríamos en Ulan Bator, destino último, aunque no había ni hora ni día de llegada. Nuestro vagón de metro con alas y conductor de gorra de plato y bandas doradas en las mangas despegó y aterrizó varias veces en diferentes puntos del país, con y sin aeródromo, con pista de tierra o asfaltada. No recuerdo donde estuve, pero sé que visitamos una buena parte de la mitad Norte de Mongolia. Entre turbulencia, susto, luz de alarma y salto en el asiento, uno de los escasos pasajeros me contó que una semana antes otro bimotor de la MIAT se había estrellado sin supervivientes porque, según se averiguó por la caja negra, el piloto había decidido que su hijo de cinco años debía aprender a volar.

Cada vez que nuestro barquito de papel en el cielo tomaba tierra, los pasajeros desembarcábamos y paseábamos durante un rato por la pista de aterrizaje de un remoto aeródromo en algún lugar del país. Se trataba de estirar las piernas, y aunque parezca surrealista, nuestro uniformado *comandante de vuelo* aprovechaba para extraer de la pequeña bodega situada en el morro del avión algunas piezas de carne y pescado, que colocaba sobre una lona extendida en la pista y subastaba entre los funcionarios locales o cualquier curioso que se acercase.

DESIERTO DEL GOBI

Repuesto de la odisea aérea, ya en Ulan Bator, compré un billete a Dalanzagad, una pequeña población en el Sur de Mongolia en los arrabales del Desierto del Gobi. Nuestro vuelo directo (¡¡jaleluya!!) aterrizó tras muchos botes en una pista de albero que bien podría ser un circuito de *moto-cross*. El Gobi es una extensísima plataforma llana y árida, dos veces y medio el tamaño de España, compartida por China y Mongolia. En contra de la creencia popular, el desierto tiene pocas dunas y es en su mayoría una enorme y seca estepa, tapizada por tierra rojiza, piedras y una hirsuta capa de matorrales descoloridos y secos. Es un desierto muy frío, con temperaturas en invierno que oscilan entre los 10 y 25 grados bajo cero. El Gobi mongol tiene medio millón de kilómetros cuadrados, y está habitado por una población equivalente a Castellón de la Plana. Son nómadas que

durante toda su vida se desplazan con sus camellos, cabras y caballos, en pos de comida y agua.

Bajé al desierto atraído por las aventuras de Roy Chapman Andrews, el científico-explorador en que se basa el personaje de Indiana Jones. Su primer viaje a Mongolia fue en 1920, dirigiendo una flota de mastodónticos Dodges. En 1922, en un capítulo más de su turbulenta vida, Chapman descubrió por casualidad el *Flaming Valley* o *Valle Llameante*. En este valle arcilloso de paleta roja intensa se hallaba uno de los mayores yacimientos de la historia de la paleontología: miles de huesos y fósiles de enterrados desde hace más de 70 millones de años. El americano buscaba el origen de los humanos, el *eslabón perdido*, pero encontró los primeros huevos de dinosaurio fosilizados. Pocos años después del descubrimiento, Mongolia clausuró todas sus fronteras con el exterior, incluyendo las científicas. Chapman llegó a ser director del *American Museum of Natural History*, y murió en *Carmel by the Sea*, una de las joyas de Estados Unidos que cualquier viajero a California no debe perderse. Hoy el *Valle Llameante* es un lugar inhóspito y abandonado en el que quedan muchas cosas por desenterrar. Me dijeron que, con suerte, hasta yo podría encontrar algún hueso o fósil.

Con un joven estadounidense que trabaja en un museo de Ciencias Naturales de Boston alquilé un decrepito Jeep ruso con conductor, que hacía las veces de guía, mas su hijo de mudo acompañante. Al día siguiente partimos con ilusión en búsqueda del famoso valle, a más de 400 km de Dalan-Dzagad. Nos internamos en el espeluznante desierto con una buena reserva de gasolina y agua, dejando atrás la estela de una gran cortina de polvo que se elevaba cada vez más voluminosa y difusa, buscando un sol cegador. No había carreteras, ni marcas de carriles o pistas. Intuimos que nuestro chófer no sabía adonde iba, a pesar de su simulada seguridad, y el mapa no era de fiar. Dimos vueltas por la nada durante varias horas, hasta que con jolgorio encontramos un grupo de nómadas criadores de camellos que nos indicaron la dirección a seguir. Varias horas más tarde, andábamos otra vez perdidos en un paisaje estéril, aburrido y homogéneo. De repente, como un Pedro de Triana en su cesta de vigía, divisamos un brusco cambio en el horizonte. Varios kilómetros más adelante la árida estepa se hundía violentamente en un enorme cañón de escarpadas paredes de arcilla roja. Con alegría e impaciencia, Marc y yo saltamos del polvoriento vehículo lleno y bajamos al interior del solitario cañón por unas estrechas y

resbaladizas sendas. Una vez en el fondo aguzamos la vista y con máxima concentración buscamos cualquier huella que nos pudiera llevar a un hueso o fósil. Antes de la partida algunos locales nos contaron que de vez en cuando quedan al descubierto por la erosión y el desprendimiento periódico de las blandas paredes de arcilla. Varias horas después, tras mucho buscar sin éxito, escuché un lejano eco. Era Marc que gritaba. Corrí a buscarlo. Desde lejos ví que clavaba su mirada en el suelo, absorto. Jadeando llegué a su lado, y sin mediar palabra, señaló algo con el índice: a centímetros de su bota había semienterrado un objeto de unos dos metros, alargado, blanco y redondeado. Sobresalía de la arcilla como la punta de un iceberg en un mar de tierra rojo ocre. Ignorante, no lograba entender que tenía ante mí. Muy alterado, Marc gritó que estábamos viendo parte de una costilla y la cadera de un brontosaurio (!!).

Increíble; parte del bicho yacía ahí delante, tras millones de años, intacto. Me gustaba pensar que antes que nosotros no lo había visto ni tocado otro ser humano. Algo así se suele ver en un museo detrás de un cristal de 5 cm de espesor y varias alarmas. Tuvimos la tentación arrancarlo de su tumba arenosa y llevárnoslo. Pero debía de pesar más de cien kilos. Además, la ley en Mongolia penaliza muy duramente el tráfico o exportación de piezas fósiles o restos de interés histórico-artístico. Posamos junto al hueso para las fotos de rigor y durante varias horas buscamos más restos. Marc me dijo con gesto de alivio que acababa de cumplir el objetivo de su viaje desde EEUU.

Con la sensación de la tarea cumplida, y después de dormir invitados en un ger de nómadas, temprano al día siguiente nos adentramos aún más en el desierto, en busca de las dunas de *Khongorin Els*, una enorme lengua de arena de 140 km de largo, 15 km de ancho y varios cientos de metros de altura, que se desplaza como una enorme babosa gris clara, milímetro a milímetro. El leviatán de arena avanza docenas de metros cada año, devorando lo que encuentra a su paso. Aunque parezca increíble cerca de las dunas me topé con los científicos americanos, vecinos en Hatgal, en la inmensidad del Desierto del Gobi, 1,000 km al Sur del lago Hövsgol y a 210 km de la población más cercana. *Manda güevos*. Por si fuera poco, más tarde volvería a coincidir con alguno en Beijing. El mundo es un pañuelo.

Dormimos en un ger abusando una vez más de la hospitalidad de los pastores de camellos. Varios días después retornamos a Dalag-Dzagad con

800 kms de pistas a la espalda, y más tarde a la civilización. Al entrar en Ulan Bator me sentí como si viajara a Manhattan.

No pude evitar visitar los garitos en esta primera noche en la capital. Perdí la cartera, sin dinero, pero con mi única tarjeta de crédito, reservada para usar en situación de emergencia. Fui a comisaría a denunciar la pérdida, la policía me dijo que no me preocupase. Posiblemente el que encontrara la cartera no sabría como usar el pequeño y colorido plástico rectangular con letras en relieve.

GEOGRAFIA E HISTORIA

Este país cuya superficie triplica a la española se desangró durante las emigraciones del siglo XX, cuando por las durísimas condiciones de vida, 3,5 millones de personas, más de la mitad de la población, se trasladaron a Rusia y China. La conjunción de tanta tierra y tan poca gente produce la densidad de habitantes más baja del planeta (1,8 habitantes por km²). Casi la mitad de los mongoles son nómadas: los clanes se trasladan con sus gers (gran tienda de lona desmontable) varias veces al año en busca de las mejores condiciones para la supervivencia de su segunda prole, formada por caballos, corderos, cabras, yaks y ovejas. En el Sur, la prole son los camellos. Del ganado obtienen alimento, ropa, bebida y hasta combustible. Dicen que los niños aprenden a montar a caballo antes que a caminar. El 40% de la población tiene menos de 14 años.

Los mongoles se rigen antes por las reglas de su clan familiar que por las leyes y autoridades estatales. Viven íntimamente conectados a la naturaleza, su familia y sus animales. Son tolerantes, pacientes y están acostumbrados a la dureza de su devenir nómada, y sobre todo, al intenso frío y el largo invierno. Se desplazan por las estepas en cualquier estación del año, incluso bajo intensas nevadas. La nieve comienza a caer en septiembre y se funde en Mayo.

Después de Kazajstán, es la segunda nación más extensa sin acceso al mar. Mongolia es también uno de los países más elevados del mundo, con 1.600 metros de altura media. Su aislamiento, aprisionado entre Rusia y China, y la escasa afluencia de turistas, hace que los espacios naturales (montañas, estepas, desiertos, lagos etc.) continúen casi intactos. La mayor parte del

país vive lejos del acelerado desarrollo de Asia y occidente. En Mongolia el visitante disfruta de un espacio ecológico maravillosamente virgen.

El budismo tibetano es la religión mayoritaria. En 1921 vivían aquí 110.000 lamas. Como ya hicieron los chinos en Tíbet a mediados del siglo XX, los rusos destruyeron cualquier referencia religiosa. Tras su retirada pacífica quedaron en el país poco más de mil religiosos. Solo treinta de los 700 monasterios sobrevivieron una destrucción sistemática. A pesar de tanta desdicha reciente, lo mongoles están entre la gente más hospitalaria que he conocido.

Los orígenes de Mongolia son muy remotos. En el Desierto de Gobi se han encontrado los restos que Roy Chapman no consiguió encontrar: homínidos de hace medio millón de años. Desde antaño la escasa población se ha desplazado a caballo o caminando, sin asentarse permanentemente. Sus habitantes pronto destacan en la doma de estos equinos casi enanos, yaks y camellos.

Las batallas entre mongoles y chinos empiezan antes de Cristo. Para protegerse de las frecuentes invasiones de los siempre belicosos mongoles la dinastía china Qin comenzó hace 2.200 años la construcción de la obra más larga y costosa de la historia: una gran muralla que totaliza unos increíbles 6.700 kilómetros de longitud. Su construcción costó la friolera de dos a tres millones de vidas humanas. La dinastía Ming tuvo que asentar en la muralla a más de un millón de hombres para proteger China de las periódicas y devastadoras invasiones mongolas.

Varios siglos después, Atila y sus hombres arrasaron los restos del decadente y maltrecho imperio Romano, miles de kilómetros al Oeste. Pero curiosamente, Atila sólo buscaba en Occidente nuevas tierras para su pueblo porque las crueles hordas mongolas les empujaban desde el Este.

En 1.162 nace Genghis Khan, que con sólo 20 años consigue unificar a los belicosos clanes rivales de la zona. Mata a su hermano, se proclama Gran Khan y lanza contra Rusia y China 200.000 rápidos y ágiles arqueros a caballo. La crueldad de su ejército es legendaria: no quedaba piedra sobre piedra y no se tomaban prisioneros. Genghis arrasaba con todo lo que le oponía la más mínima resistencia.

Entre él y sus descendientes directos edificaron sobre sangre, destrucción y terror el imperio más extenso de la historia, desde Polonia hasta Corea y desde Siberia hasta el Golfo de Omán y Vietnam. Las conquistas de los tres Khan ocuparon unos escalofriantes 33 millones de km², o el 22% de la superficie terrestre del planeta. Genghis murió en 1.227 al caer de su caballo. Para mantener secreto el lugar de su tumba, antes de morir dio instrucciones para que mataran a todos los componentes de su cortejo fúnebre, e incluso a aquellos que se tropezaran con la caravana funeraria. Aún no se ha encontrado su tumba.

Ogodei continuó las conquistas de su padre. Llegó hasta Hungría. Estaba dispuesto a arrasarse toda Europa. Las hordas no conocían límites. Los orgullosos europeos, amedrentados por el tamaño de las hordas y las leyendas sobre su extrema crueldad, estaban dispuestos a deponer las armas sin luchar. Pero se salvaron milagrosamente cuando los generales tuvieron que regresar a Mongolia con urgencia para elegir al sucesor del difunto Ogodei.

Así entró en la historia Kublai Khan, nieto de Genghis. Con Kublai el imperio alcanzó su mayor extensión, antes mencionada. El interés de Kublai estaba en el Oriente. A pesar de que sus hordas a caballo volvieron a traspasar la Gran Muralla china y fundó Beijing, con Kublai comenzó la decadencia del imperio. Perdió varias batallas seguidas. Primero contra los Mamelucos en Egipto, después en Java, y por último, dos tifones que destrozaron su enorme flota hicieron fracasar dos intentos consecutivos de invadir Japón. En el año 1.400 vuelven a comenzar las batallas entre clanes y tribus mongolas. El imperio se desintegró.

Cambiaron los papeles y ahora es China la que invade cruelmente Mongolia. En 1911 la dinastía china Qing se resquebraja y concede una magnífica oportunidad a los mongoles para su independencia.

Sin embargo en 1921, tras la revolución bolchevique de 1917, las tropas zaristas en retirada invaden Mongolia. Los mongoles piden ayuda a los bolcheviques, que tras expulsar a los zaristas, deciden quedarse e imponer a la fuerza el sistema comunista (¿no nos recuerda esto a la invasión francesa?), aniquilando la empresa privada y cualquier vestigio de religión budista. En 1990, tras la Perestroika, los rusos se retiran voluntariamente y dejan tambaleándose a un país cuya economía depende de Rusia.

Sin combustible, sin piezas de repuesto, sin materias primas, sin universidades, sin científicos, sin subsidios... todavía hoy Mongolia sufre los coletazos devastadores de una dependencia absoluta que duró más de medio siglo.

La inflación es de doble dígito. Aunque no esté reconocido oficialmente, el desempleo sobrepasa el 50%. No se si se puede llamar desempleado a un nómada que cuida y mueve continuamente un gran número de animales. Me pregunto como el Gobierno se arregla para medir el empleo en una economía de subsistencia. Pensándolo bien, creo que las encuestas de población activa en España tampoco están mucho más cerca de la realidad.

La renta per cápita es de algo más de 2.500 euros en Ulan Bataar y desconocida en las zonas rurales. Se sabe que más del 30% de la población vive con menos de un euro al día. Desde 1990 Mongolia vive de las donaciones de países occidentales, de un escaso sector agrario y de las exportaciones de carbón, cobre, minerales, pieles, cachemira y piel de oveja.

El sistema político es una república parlamentaria unicameral y se rige por una constitución promulgada en 1992. En elecciones democráticas se elige a los 76 diputados que a su vez nombran a los miembros del gobierno. El presidente es elegido por sufragio directo. Su posición es simbólica, aunque tiene derecho de veto. En el poder se alternan el Partido Revolucionario Popular, próximo al comunismo y único partido hasta 1990, y el Partido Demócrata, de ideología liberal. En el parlamento (unicameral) o *Gran Khural del Estado* los comunistas han recuperado el poder en 2008. Sin embargo, desde 2009 el presidente Elbergdorj es del partido opositor. Una difícil situación política.

Amanece y pronto vendrán Battsegseg y sus compañeros de trabajo. Debo irme antes de que me pillen...

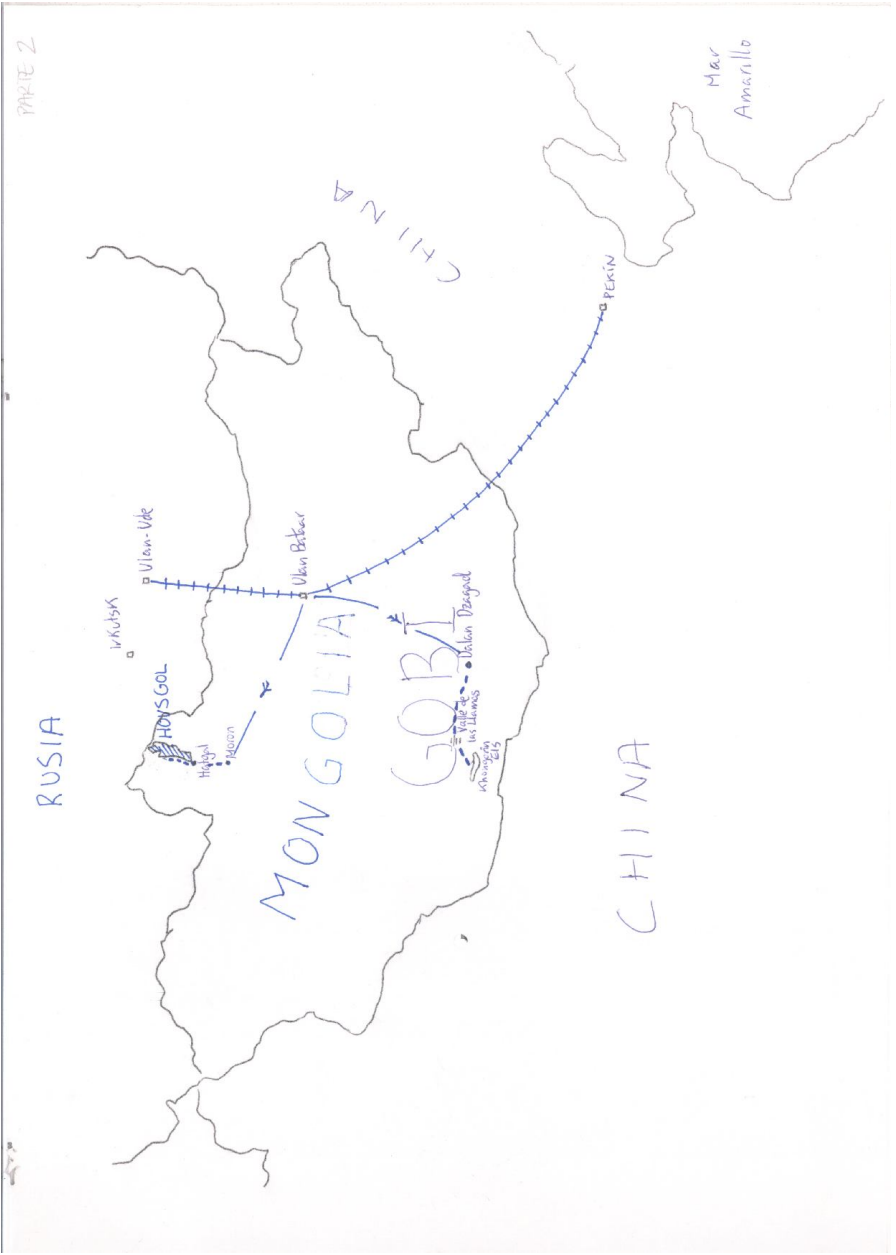
En unas semanas enviaré la próxima crónica.



MONGOLIA: Nadaam Festival en Hatgal. Listos para la carrera



MONGOLIA: Nadaam Festival en Hatgal - Ceremonia previa a la lucha





MONGOLIA: Con Bajtoir y Batilgir en el Ger familiar



MONGOLIA: Una foto dentro del Ger. Bajtoir, su mamá y su primo



MONGOLIA: Hatgal. Vestidos para la ocasión.



MONGOLIA: el lago Hovsgol



MONGOLIA: Desierto del Gobi. Panorámica del "Valle de las Llamas"



MONGOLIA: "Flaming Valley". Posando con huesos prehistóricos

